

soy una prueba de que existe : toma
aliento y fé de mi postrer mirada.... »

Y un último relámpago en sus ojos
el amor encendió. Gracias, le dije,
y me incliné á besar la moribunda
cabeza de aquel dios agonizante.

Los tardíos luceros de la noche
se desleían; un helado viento
como un soplo de muerte, recorría
la llanura en tinieblas; y en el fondo,
tras un álcor, un árbol se agitaba
como dedo que niega.

Lentamente,
sobre el negro ataúd del horizonte,
un crespón blanco apareció en la sombra
y se extendió como triunfal bandera
por el contorno azul de la montaña.

Yo, arrodillado en el jergón raído
en que mi perro agonizaba; estuve
por instantes sin fin, absorto en una
honda meditación. Un gran misterio
rodeábame....

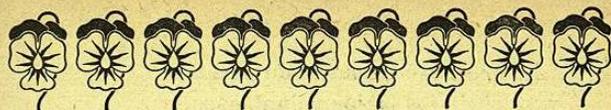
Y uno de mis niños
se asomó á la ventana de la alcoba
y me gritó : Papá, ¡ muy buenos días !

Octubre 31 de 1900.



Poemas crueles

(1894-1895).



CARMEN

Á Jesús Urueta.

I

Despertó; abrió los ojos con la inquieta
Cobarde timidez de un sueño largo
Súbitamente roto por la brusca
Invasión de la luz... Amanecía.

Un florón palpitante de reflejos
Se prendió á la ventana, entró en la alcoba,
Hizo arder el cristal de los espejos
Y se estrelló en la puerta de caoba;
Corrió con rapidez por los tapices
En cuyo fondo pálido y obscuro,
Pintó franjas de luz, rojas y vivas,
Que fingieron sangrientas cicatrices
Abiertas de improviso sobre el muro;
Limpió, de un golpe, al oro agonizante
De la cortina, el polvo de la sombra,
Y abrió el cáliz exótico y gigante
De los lirios azules de la alfombra.

Incorporóse Carmen con pereza,
 Entreabrió los labios voluptuosos,
 Y con mohín de hastío y de tristeza
 Alzó los brazos finos y nerviosos.
 Echó hacia atrás con movimiento franco
 La clara cabellera en que flotaban
 Los rizos con rebeldes desenfrenos,
 Y apareció por fin, desnudo y blanco,
 El torso de alabastro que manchaban
 Las dos pálidas rosas de los senos.

Despertaba de un sueño sin visiones,
 Negro, brutal, profundo, en el que hundida
 Se sintió muchas horas; un abismo
 Que, de pronto, en violento cataclismo
 La arrojaba sin fuerzas á la vida.
 Y asombro sin palabras era el suyo;
 Entre sus ojos que el temor velaba,
 Sombríamente glaucos, el cocuyo
 Intenso de la fiebre chispeaba.
 Miró á su alrededor... ¿En dónde estaba?
 Reconoció la alcoba... De repente,
 Sobre el lecho en desorden,
 Por inquietudes locas removido,
 Contempló con estúpida fijeza
 Que había en la almohada una cabeza
 De Holofernes, dormido.
 ¿De quién era la testa innoble y tosca
 Que junto á sí tenía,
 Y entre cuya expresión, salvaje y hosca,
 Se deslizaba un gesto de ironía?
 ¿De quién era esa faz — á un tiempo llena

De placer, de cinismo y de desgracia —
 Encuadrada en la indómita melena
 Luciente, ruda, sudorosa y lacia?
 ¿De quién era, de quién, aquel cetrino
 Rostro de frente estrecha y boca astuta,
 Casi perdida entre la barba hirsuta
 Húmeda aún de besos y de vino?

Carmen parpadeó; las manos trémulas
 Hundió en la clara cabellera rubia,
 Sacudió la memoria, y una lluvia
 De recuerdos cayó, con el esfuerzo
 Iracundo y cruel de sus congojas,
 Como del árbol que sacude el cierzo
 Con temblor invernal, caen las hojas.
 Fragmentos de episodios se estrellaron
 En su cerebro lóbrego, y silentes
 Se desgranaron, duros ó deshechos,
 Confundidos, cercanos y remotos,
 Sin precisión ni claridad á trechos,
 Y á trechos con facetas relucientes
 Como cristales rotos.
 Y allí encontró, más firme y más sarcástica
 La postrera impresión de lo pasado;
 La última noche orgiástica,
 Y el último beodo enamorado.
 Aquel hombre salvaje y atezado,
 De su lecho escondido entre las sedas,
 No era de una visión el devaneo,
 No era tampoco un hombre, era un deseo
 Que le arrojó un puñado de monedas.

Recordó que con hipo y vacilando,
 Al terminar la encanallada escena,
 La había él conducido al lecho blando
 Y allí la desnudó, canturreando
 Una frase de amor, vulgar y obscena.
 No obstante, ¿qué extrañaba? ¿qué era aquello?
 Una aventura sin valor, sin nota
 En su vida común... ¡ah! cuántas veces
 Se despertaba así, con languideces,
 Triste, cansada, adolorida, idiota.
 Pero quizá por sugestión ignota
 Venciendo su indolencia y su quebranto,
 Entre la luz de ámbar de aquel día
 Carmen se puso á meditar, en tanto
 Que Holofernes dormía.

II

Ese mismo florón de oro y grana,
 En época feliz, dulce é incierta,
 Asomado al cristal de otra ventana
 Muchas veces le dijo en la mañana
 Con un grito de luz : « vamos, despierta! »
 Sólo que entonces ni incendiaba espejos,
 Ni ardía en la caoba de la puerta,
 Ni manchaba tapices... ¡Y qué lejos
 Debíó de haber volado la memoria
 Para traerle, tan brillante y viva,
 Aquella evocación intempestiva
 De la casta leyenda de su historia!
 En la cámara humilde y bien oliente
 Á salud y á violetas, sin disgusto

Ni cansancio, caía de la altura
 De un sueño azul; con infantil soltura
 Ágil erguía el delicado busto,
 Flexible, sastisfecha, sonriente,
 Para ver, con mirada pudorosa,
 En el intacto lecho una radiosa
 Cabeza de Jesús adolescente.

Era su alegre despertar de esposa!
 Su vuelta de una noche de delicia,
 En que sintió, cual rápido aleteo,
 La cobarde opresión de la caricia
 Que apenas palpa y huye — temerosa
 Sonámbula del púdico deseo. —
 Y al recordar sus goces juveniles,
 Cayó como una flor en negro río
 Una gota de miel en la dantesca
 Corriente acibarada de su hastío,
 Y temblaron sus senos con la fresca
 Sensación de una lluvia de rocío!
 Después... siguió sumida en el letargo,
 Meditativo y hondo,
 En que nada se piensa, y sin embargo,
 La idea nos ahoga y nos oprime,
 Y de la sima en el obscuro fondo,
 Un pensamiento informe, pero amargo,
 Combate y clama, y se retuerce y gime!

...Y no, no era verdad; no fué su vida
 La infeliz y escabrosa confidencia,
 La narración compuesta y aprendida,
 Elegiaca y vulgar de una existencia;

El cuento burdo que á la vez clemencia
Y admiración implora,
Dicho en voz baja y con falaz semblante
Por distraer la necia y repugnante
Embriaguez del amado de una hora;
La tragedia que urdía en sus excesos
Con el afán de sorprender, de prisa,
Una lágrima indócil en la risa
Y un ¡ay! de compasión entre los besos.

No fué su carga de dolor humano
La que la hizo caer; no fué la ira
Desesperada, ó el despecho insano
Quien la empujó hacia el burdel... ¡mentira!
¿Á qué el engaño inútil? Algo era
De lo que en alta noche y en secreto
Le confesaba á alguna compañera
Con frases cortas y ademán inquieto.
Y la verdad iluminó el abismo:
Su desdicha y su mal no estaban fuera;
Se hallaban dentro, en ella, en su organismo.
El psíquico poder que desentraña
Y analiza, formóle una inconsciente
Clarividencia lúcida y extraña.
Corría por su sangre y daba vuelta
Bajo su piel de raso, el invencible
Ardor, porque en su sangre iba disuelta
Una pasión satánica y horrible
Que dormitaba mucho, y de repente
Se alzaba más resuelta,
Más tenaz, más cruel, más insolente!

Ahora lo veía; ya el destino
Desde temprano le marcó el camino...
En la niñez aún, sus ilusiones
De blancura serena y eucarística,
Sus ardientes y largas oraciones,
Sus arrobos y éxtasis de mística,
Sus alucinaciones...
Más tarde, cuando siente la pureza
La primera obsesión de los sentidos,
Sus duros arrebatos concluidos
Y deshechos en llanto y en tristeza;
Y al fin, cuando el amor vino discreto,
En la hora solemne de la cita,
La tentación curiosa, la infinita
Ansiedad de romper con el secreto...
¿Por qué al verla tan vil y degradada,
Hender su faz doliente con la injuria?
Era forzoso: estaba condenada
A cadena perpetua de lujuria!

Una noche sintió que, rebosante,
En la alcoba nupcial, callada y tibia,
Azotaba su cuerpo palpitante
Una pérfida onda de lascivia.
Y el día en que ella cometió el delito
Alguien le gritó «¡ven!» con un inmenso
Y voraz apetito;
Y entonces fué — ¡oh lúgubre descenso! —
Cuando pasó, sin que ella lo recuerde
Con la precisa claridad que anhela,
Del beso alado que se posa y vuela
Al ósculo bestial que lame y muerde!

Centelleó la transparencia verde
De sus ojos de mar!... ¿Por qué brotaba
Del sueño sin visiones y profundo
Donde acababan de dormir, hundidos,
Sus recuerdos? ¡Qué dulce es ese mundo
De todos los olvidos!

¡De su locura inicua era la esclava!
¡Cuántas veces, insomne entre la sombra,
Al concluir un delirante espasmo,
Deslizábase á tientas por la alfombra
Con repentino y trémulo entusiasmo,
En busca de un puñal!... Era obstinada
La irreflexiva rebelión colérica:
¡Qué dramático fin para un enredo
Tosco!... Y aparecía el ansia histérica
De matar... ¿y por qué?

— ¿Por qué?... Por nada,
Por ver sangre... y también por asco y miedo.

Para abreviar su vida atormentada
Se entregó hasta sentir que el inseguro
Y débil cuerpo, hermosamente tísico,
Halló en el fondo del placer impuro
El sufrimiento espiritual y el físico!

Y cuando la tormenta se perdía
Y los anhelos fuertes y rabiosos
Se alejaban y ella resurgía
De aquellos frenesíes dolorosos,
¡Qué mudas y qué dóciles tristezas!
De volver al hogar... ¡cuántos empeños!
¡Qué afán de melancólicas ternezas,

De voces blancas y de castos sueños!
¡Qué despiadado y funeral suplicio
Sentarse de su alma en los escombros!
¡Qué infamante su lúbrico ejercicio!
¡Qué pesado llevar sobre los hombros
El cadáver del vicio!
Viendo niños lloraba — ¡oh desventura
De la que vive en el pantano inmundo! —
Ser hembra y no ser madre; ser impura,
Y sufrir ante un niño la tortura
De un vientre ya estrujado é infecundo!
...¡Qué pobre voluntad! Cuando soplaba
Sobre su vida solitaria y yerma
El cálido huracán que la arrastraba,
No tenía la culpa... era una enferma,
Una enferma!

Y al ver cómo temblaba
En el cristal el oro de aquel día,
Triste, sin fuerzas, reprimiendo el llanto,
Carmen se puso á sollozar...

En tanto

Holofernes dormía...!

